

EDUCACION PINTORESCA.

PERIÓDICO

PARA NIÑOS.



Núm. 8.º

ADMINISTRACION:

Calle de las HUERTAS, núm. 42.

MADRID.—1857.

SUMARIO. *Los Huevos de Pascua*, por J. G. B.—*Las Compañías* (fábula), por J. A. Viedma.—*La Madre y el Niño*, por Fernan Caballero.—*Despedida al mes de Mayo*.—*Sensibilidad de una Niña*.—*Plutarco de los Niños*, por don Modesto Infante.

EDUCACION PINTORESCA.

PERIÓDICO PARA NIÑOS.

LOS HUEVOS DE PASCUA.

A LOS NIÑOS.



ESTA historia ha sido ya referida á otros muchos niños que la oyeron siempre con placer, y aun á personas de mas edad que la vuestra, si la casualidad hizo escucharla, les causó tambien una agradable impresion.

Presumiendo yo que pudiera interesaros, queridos míos, así como á vuestros padres y hermanos, la he hecho imprimir y os la ofrezco hoy.

El asunto de este cuento es muy sencillo, muy trivial: él sin embargo os enseñará cómo un huevo, el don mas insignificante que Dios nos envia, es al mismo tiempo que un inmenso beneficio para el hombre, un instrumento milagroso que nos muestra la santa provision del Todo-poderoso y su eterna sabiduria.

Haceros comprender estas verdades es el principal objeto de esta historia; el

resto de ella no es más que una ficcion para que os deleite é instruya. Es como el *huevo de Pascua* (1), cuyo nombre lleva, y que os presenta vuestra madre: no solo os procura un alimento sano, sino que cautiva vuestra vista con su linda forma y sus hermosos colores.

Schmid.

I.

¡Dios mio! Es posible que no sepais lo que son gallinas?

En un pequeño valle, situado entre riscos y ásperas montañas, vivian, hace ya siglos, algunos pobres carboneros. Sus humildes moradas estaban repartidas aquí y allá en la pendiente de la colina; algunos árboles frutales plantados al rededor de cada cabaña, un pequeño terreno sembrado de trigo, de cáñamo ó lino, una vaca y escaso número de cabras, componian toda su fortuna: aquellas pobres gentes ganaban ademas algun metálico surtiendo de carbon las herrerias de los alrededores, y á pesar

(1) En Francia y Alemania se llaman *huevos de Pascua* los huevos cocidos duros, cuya cáscara se pinta de colores, y se regalan á los niños por Navidad, como agüinaldos.

de su estremada pobreza se consideraban dichosos, porque no conocían mas que aquello que disfrutaban. Su vida pacífica y sóbria conservaba perfectamente su salud, encontrándose en esas pobres chozas lo que en vano buscaríamos en los palacios, personas que llegaban y pasaban de la edad de cien años, pudiendo participar aun de los sencillos gozes de sus patriarcales costumbres.

Un día, en que el calor se dejaba sentir con esceso, y la avena principiaba á dorar sus espigas, la hija de un carbonero, muchacha de corta edad que guardaba las cabras algo lejos de su morada, llegó falta de aliento á anunciar á sus padres que acababa de penetrar en el valle una familia vestida de una manera particular, y que hablaba en un lenguaje que ella no entendía: eran una dama de porte muy distinguido, dos niños y un anciano, que aunque ricamente ataviado parecía criado de la señora.

La niña continuó: «Esos extranjeros están muertos de fatiga, y al parecer de hambre; los he encontrado en la montaña cuando corría tras de mis cabras, y les he enseñado el camino del valle. Yo creo que inmediatamente deberíamos llevarles algun alimento y ver de alojarlos en nuestra cabaña ó en alguna de estas inmediatas siquiera por esta noche. Sus padres al momento tomaron pan, leche y queso, y salieron en busca de los viajeros.

Estos habian descansado entretanto á la sombra que prestaba una ro-

ca, sentada la dama sobre una piedra cubierta de musgo: un velo de gasa ocultaba su rostro, y tenia sobre sus rodillas una hermosa niña. El anciano criado se ocupaba en descargar la mula que habia conducido los bagajes, mientras el niño mayor la ofrecia cardos que se entretenia en arrancar por allí, y que el pobre animal comia con ansiedad.

El carbonero y su mujer se acercaron tímidamente á la dama, cuyo noble porte, elegantes maneras y rico traje demostraban bien su elevada alcurnia.

—Mira, dijo por lo bajo la carbonera á su marido, mira que gola tan delicadamente rizada; qué encajes tan ricos, que casi cubren sus torneadas manos, y qué zapatos, Dios mío! son blancos como las flores de nuestros cerezos, y bordados de oro....

Entonces su marido impacientado de tantas observaciones le dijo:

—¡Tu cabeza está llena de vanidad! Aunque el traje no hace mejores ni peores á las personas, las gentes de alto nacimiento deben vestirse con esmero; y en cuanto á esos lindos zapatos que tanto te encantan, estoy seguro que no habrán evitado que se lastime los piés esta noble señora al pasar por nuestras escabrosas veredas.

El carbonero y su mujer ofrecieron á los extranjeros el alimento que les llevaban. La dama entonces levantó su velo, y ambos esposos quedaron asombrados de la espresion de infinita dulzura que destellaban sus facciones.

Despues de haberles dado las gracias repetidas veces, procuró hacer beber á la niña, que tenia en sus rodillas, una

al ver tomar á su hija la taza con sus manecitas y beber con avidez. El otro niño mayor se aproximó para beber tam-



parte de la leche que la habian presentado en una taza de barro: dos lágrimas de ternura se deslizaron por sus mejillas,

bien; en seguida la excelente madre les dió pan y queso, y solo despues de verlos satisfechos y haber dado su parte

correspondiente al criado, consintió ella en tomar algun alimento. Durante esta frugal comida todos los habitantes del valle se habian reunido en torno de los extranjeros, y los examinaban con interés y curiosidad.

Cuando nuestros viajeros hubieron descansado, el criado se dirigió á aquellas honradas gentes y les suplicó prestasen un abrigo á la señora y sus niños, asegurándoles que no les serian gravosos, y que pagarian con generosidad sus bondades.

—Oh! sí, añadió la dama con voz conmovida, tened piedad de una desgraciada madre y de sus pobres hijos, á quienes una suerte cruel ha arrojado de su patria.

Los vecinos todos inmediatamente se pusieron á consultar la manera de procurar el mejor asilo á aquella familia.

En el fondo del valle, entre las rocas, se deslizaba un manso arroyuelo, cuya corriente ponía en movimiento la rueda de un pequeño molino construido á su orilla, y que parecia desprenderse de aquellas inmensas masas de granito. El molinero habia levantado al otro lado del arroyo una linda casita, que si bien era de madera, como todas las demas, la embellecía el follaje de muchos cerezos que la rodeaban, y un pequeño jardin que dependiente de ella se dilataba á su espalda por el llano. El molinero se apresuró á ofrecer esta habitacion á la extranjera.

—La casita que veis allí, dijo mostrándosela á la señora, me pertenece: no ha sido aun habitada, porque la hice construir para vivirla yo mismo cuando mi hijo me hubiera sucedido en el molino; y yo os la ofrezco tal como ella es. Parece que se ha edificado para vos y que la Providencia os ha conducido hasta aquí para habitarla, porque ayer mismo se ha terminado. Estoy seguro que para estos sitios la habeis de encontrar agradable.

La señora acogió aquella sencilla oferta dando muestras de gratitud, y se dirigió en el acto á su nueva habitacion; llevando á su hija en los brazos, y seguida del anciano criado, del otro niño y del molinero, que conducia la mula del ramal.

La casa, que estaba provista de sillars, mesas y una cama, agradó en extremo á la señora, lo que causó no poca alegría al honrado dueño de ella. Inmediatamente la dama sacó sábanas, colchas, cortinas y demas efectos que habia traído en su equipaje, y al momento estuvo la casa dispuesta para pasar en ella la noche. Antes sin embargo de entregarse al descanso, abrazó á sus hijos, y los tres dieron gracias á Dios, que despues de tantas fatigas y sinsabores, les habia concedido un asilo tan satisfactorio.

—¡Quién hubiera creído que yo, criada en un palacio, llegaría un dia en que me considerara dichosa al encontrar esta miserable cabaña para refugiarme! Ah!

cuán buenos deben ser los poderosos con sus inferiores, y suplir con su prudencia lo que les falte de compasion, porque nadie sabe lo que la suerte le reserva!

Al dia siguiente la señora salió á visitar el valle, que no habia visto el anterior por su estremado cansancio, y en el que habia sido tan bien acogida. Un agradable espectáculo se ofreció entonces á sus ojos: las cabañas esparcidas sin órden formaban caprichosos grupos que se dibujaban sobre el césped de la montaña; en medio de ellas serpeneaba el arroyuelo trasparente, y las cabras repartidas en la yerba é iluminadas por los primeros rayos del sol se destacaban sobre la verde alfombra, y constituian el fondo de aquel cuadro, que el mas hábil pintor no hubiera podido copiar con tan bellos colores.

El molinero en cuanto apercibió á la bella desconocida, salió á su encuentro y la condujo á la tosca tabla que hacia las veces de puente sobre el arroyo.

—No es cierto, señora, la dijo, que este es el sitio mas hermoso del valle? Aquí llegan mas pronto los primeros rayos del sol, y quizá cuando á las otras cabañas las envuelve aun la bruma de la mañana, esta disfruta ya de la suave claridad de la aurora.

—Los niños observaban con atencion la rueda del molino en su constante y rápido giro, sorprendiéndoles sobre todo el murmullo del agua, que á borbotones se escapaba de la rueda, y las in-

numerables gotas, que describiendo un círculo de diáfanos brillantes caian en el seno del arroyuelo, perdiéndose en sus tranquilas ondas.

La señora pasó este primer dia en proveer su casa de todo cuanto allí se conocia. Los habitantes del valle con honrosa solicitud le procuraron á porfía comestibles, lumbre, vajilla y cuantos utensilios fueron necesarios: la jóven que primero les habia salido al encuentro y mostrado el camino del valle, llamada Marta, entró á su servicio.

Su ama en el momento que estuviéron solas en la cocina la dijo:

—Ante todo necesitamos huevos; vé á comprarlos inmediatamente.

—Huevos! replicó Marta sorprendida, para qué?

—¿Para qué han de ser? para cocerlos?

—Para cocerlos! añadió Marta, si esta no es la estacion en que ponen los pájaros! Ademas serian necesarios un centenar de huevos de jilguero para alimentar á cuatro personas.

—Pero qué dices? quién te habla de huevos de pájaros? Lo que yo te pido son huevos de gallina.

Al escuchar estas palabras la jóven se encogió de hombros exclamando:

—Yo no conozco esos huevos que me pedís; no los he visto nunca.

—Dios mío! Es posible que ignoreis lo que son gallinas!

El atraso de aquellas gentes era disculpable, porque siendo las gallinas ori-

ginarias del Oriente, en aquellos tiempos y en ciertos puntos, era tan extraño encontrar una gallina, como lo sería hoy un pavo real. Como era algo difícil procurarse viandas en aquel aislamiento, la dama encontró algunas dificultades para abastecer su despensa.

—Yo no hubiera creído jamás, esclamaba, que un huevo fuese una merced tan grande de la Providencia. ¡Oh, Dios mío! ¡cuántas veces he tenido ya que hacer semejantes reflexiones! La desgracia tiene la inapreciable ventaja de hacernos comprender lo que debemos á vuestra inmensa bondad, y fijarnos en un sin número de maravillas que pasan desapercibidas á nuestros ojos en los días de nuestra prosperidad.

La noble dama se vió precisada á sufrir mil privaciones, aunque sus vecinos todos procuraban rodearla de cuanto ellos poseían, y si llegaba á sus manos una trucha, ó caía algun pajarillo en su poder era siempre destinado á su distinguida vecina. Ella por su parte tenía bastantes alhajas, de las que solía dar alguna al anciano criado, el que se ausentaba por algunos días, y á su vuelta traía muchas cosas indispensables.

Las rústicas familias que tenían sus ojos fijos en aquellos extranjeros, no dejaron de advertir que despues que volvía el anciano de sus cortas expediciones, su ama parecía muy afligida. La curiosidad principió á apoderarse de ellos, y sin atreverse á dirigir ninguna pregunta á la noble señora, la aventuraron

al criado, quien les respondió con palabras tan extrañas, y de tan vago sentido, que comprendieron que el taimado anciano, lejos de aclarar sus dudas se burlaba de su curiosidad. Un día llamaron al niño, y despues de hacerle mil cariños, le preguntaron cómo se llamaba su mamá, prometiéndole no revelar su nombre. El niño entonces, muy bajito, y como si fuera á descubrirles un gran secreto, les dijo:

—Se llama mamá....

La niña, á quien no dejaron de interrogar á pesar de su corta edad, no fué mas explícita, y las pobres gentes tuvieron que resignarse y esperar á que el tiempo les aclarase aquel misterio.

II.

Bendito sea Dios! Ya tenemos gallinas!

Un día Bruno, que así se llamaba el criado, volvió cargado con una enorme jaula á la espalda, cubierta con algunas varas de tela. Los niños del valle en cuanto le divisaron corrieron hácia él á ver si como acostumbraba les traía tortas, frutas, silbatos, campanillas para las cabras, ú otras chucherías por el estilo. Al ver el armatoste que llevaba empezaron á hacer conjeturas sobre lo que allí podría venir, y siguieron escoltando al criado hasta la puerta de su casa, donde estaba la señora, que al verle llegar esclamó dando muestras de la mayor alegría.

—Bendito sea Dios! Ya tenemos gallinas!

Bruno colocó su jaula en el suelo, la

á examinar aquel extraño animal.

—¡Qué pájaro tan hermoso, decían, nunca hemos visto otro igual! Mira eso



abrió, y al instante salió un magnífico gallo: los niños retrocedieron un tanto asustados, si bien al punto se acercaron

que tiene en la cabeza, rojo como la amapola, y los pintados colores de sus plumas....

Las gallinas no les maravillaron menos: unas negras con cresta de color de púrpura, otras blancas con moñito, otras doradas y sin cola.... La señora les arrojó algunos granos de avena, que ellas se apresuraron á picotear: los niños hicieron círculo á su alrededor, y se entretenían en mirarlas reñir por ver cuál de ellas pedía comer mayor número de granos. Cuando la avena se hubo concluido, el gallo dilatando sus alas lanzó al viento su canto marcial, que fué acogido por una risa general de su alegre auditorio. Poco después niños y niñas se retiraban cantando todos á porfía kiki-rikí! kikirikí!

Cada uno en su casa no dejaba de elogiar aquellos lindísimos pájaros: decían que eran mayores que las palomas y cuervos, y que sus plumas tenían mas hermosos colores que cuantos pájaros visitaban el valle. María, hermana menor de Marta, dijo:

—No hay nada mas bonito que el adorno encarnado que uno de ellos tiene sobre la cabeza; no, nada hemos visto comparable en los otros pájaros.

Los padres con esto tenían gran deseo de admirarlos, y cuando vieron las gallinas su asombro no fué menos que el de sus hijos. A poco de esto una gallina se recogió en su nido, y Marta fué la encargada de cuidarla y llevarle el alimento. La amable señora mostró un día el nido á los niños del valle, que quedaron sorprendidos de los huevos que contenía.

—Quince huevos! exclamaban, las palomas solo ponen dos, y otros pájaros cinco. ¿Cómo se compondrá esta pobre gallina para alimentar todos sus hijuelos?

Estando ya la pollada á punto de darse á luz, la señora preparó un nuevo espectáculo á los niños, á los que hizo reunir, dando la feliz casualidad de que pudiesen acompañarlos sus padres por ser día festivo. La dueña de la casa les presentó un huevo á medio abrir, y allí fué su alborozo al ver un pollito moverse en todos sentidos para romper la frágil prisión que aun le detenía: el asombro llegó á su colmo cuando aquellas pequeñísimas aves libres ya y cubiertas apenas de una finísima pluma, volvieron sus ojos á todos lados y principiaron á correr con extraordinaria ligereza, siendo así que todos los pájaros que ellos conocían nacían ciegos, desnudos y sin firmeza alguna.

—Esto es maravilloso, decían los niños.

Y lo mismo ellos que sus padres no pudieron disimular su regocijo cuando apercibieron la hermosa gallina negra adelantarse por la yerba con arrogancia, y colocarse en medio de su pequeña y numerosa familia.

—No es posible imaginar nada mas bello, decía un carbonero.

—¡Mira cómo la madre llama á sus hijuelos, replicó su mujer, y cómo ellos se agrupan á su alrededor prontos á obedecerla! Bueno sería que los niños los

tomasen por modelo, y del mismo modo fuesen obedientes á la voz de sus padres.

Uno de los niños se atrevió á coger un pollito para examinarle á su placer, el pobre animalito pió con dolor, y al momento la gallina se volvió rápida, impetuosa, con sus alas abiertas, próxima á lanzarse, si tan pronto no hubiera soltado su presa, sobre el que se habia apoderado de uno de su hijos. El padre del niño le reconvinó, y su madre observó:

—¡Cómo cuida y defiende á sus hijos! Hé aquí una buena lección para nosotras.

La gallina encontró por allí algunos granos de los que constituían su alimento, llamó á su pollada y se los repartió con su pico.

Un instante despues el sol se ocultó momentáneamente entre las nubes, y todos los pollitos fueron á abrigarse bajo las alas de su madre.

—Nada es mas interesante que todas esas cabecitas que procuran evitar por todos los medios la influencia del aire, decían las carboneras.

El molinero destacaba del grupo de carboneros, tanto por su ropa enharinada, como por su buen sentido.

—Es preciso confesar, decía, que estos pájaros revelan algo, que con razón nos asombra. Indudablemente descubrimos la mano de Dios en toda la naturaleza, pero su bondad y su ilimitado poder nos le hace comprender mejor en algun espectáculo inesperado. Reflexionad

porqué es indispensable que esos pequeños animales coman y corran por sí mismos desde que nacen: si así no fuera, semejantes á la golondrina, tendrían que esperar á que los nutrieran, y se morirían de hambre, porque su madre sería insuficiente para alimentarlos á todos. Por eso están dotados del instinto de seguirla y obedecerla; y si se dispersasen en un principio, ¿cómo podría luego reunirlos? Lo que mas me sorprende es el valor con que defiende tan enérgicamente á sus hijos una gallina, que son tan tímidas de ordinario, que huyen al aproximarse á ellas cualquiera; su naturaleza é inclinaciones cambian de tal manera cuando son madres, que lucharían sin vacilar con un hombre. Frecuentemente he admirado cómo entre ellas se disputan un grano de avena, y hoy que ésta tiene que alimentar á sus hijos, perecería de hambre con tal que ellos tuviesen el necesario alimento. La tierna solicitud con que la gallina cuida á su pollada, la guía, la defiende y la reanima, no puede ser sino inspirada por el mismo Dios: y si Dios vela por sus mas ínfimas criaturas, ¿cómo no tener valor y confiar en que de nosotros cuida con mayor interés aun? Alabad, amigos míos, todas las obras de Dios; y estad seguros de que el hombre es la mas querida de sus criaturas y que la prefiere á todas las gallinas y pájaros del universo. (Traducción.)

(Se continuará.)

J. G. B.

LAS COMPAÑÍAS.

Fábula.

Un lirio perfumado
creció á la sombra de un rosa florido,
y abejas y pintadas mariposas
siempre tuvo á su lado
de beber codiciosas
el néctar en su cáliz escondido.

De una adelfa á la sombra
otro lirio brotó en la verde alfombra,
y nunca á su corola perfumada
mariposa pintada
ni abeja se acercó, porque en su seno
la adelfa el néctar convirtió en veneno.

Ambas flores sencillo un aldeano
mirando cierto día,
dijo con tono sentencioso y llano:
—Así una buena ó mala compañía
da el bien ó el mal al corazón humano.

J. A. VIEDMA.

LA MADRE Y EL NIÑO.

Traducción libre de Chamisso.

ÓMO es que se ha tro-
cado en desconsuelo la
vana alegría de la madre?
Llorando está en su so-
litaria alcoba, y.... en
su falda no tiene á su
hijo!! A su hijo se lo
han llevado y lo han aco-
tado en un cama pro-
funda! ¡Y al caer la tierra sobre esta ex-

ma lo ha ocultado á su vista. Entonces
brotó una fuente de lágrimas de sus ojos
que no se agota, y de continuo llora por
su perdido hijo.

Cuando el día alumbra la actividad y
placeres de los demás, ella escondida y
solitaria, llora; cuando la noche trae á
los demás el alivio y el descanso, ella
desvelada llora.

Una vez que entre sus lágrimas le
sorprendió la media noche vió á su niño
que con suaves y silenciosos pasos se
acercó á ella, y se puso á mirarla con
tristeza.

—Oh madre! le dijo, no puedo go-
zar descanso, porque ¿cómo había yo
de estar dichoso viéndote llorar? Tus
lágrimas llegan á mí; mira, mi tuni-
quita está empapada de ellas. Oh madre!
deja que llegue á mí tu dulce sonrisa,
que ella con otras auras del cielo me la
secará. Vuelvan á aparecer á tu hijo tus
ojos claros y serenos, vuelve á estar con-
tenta como cuando yo estaba á tu lado.
Oh! no llores, vente á mi camita y ve-
rás que suave y tranquilamente descan-
so.... Oh! no llores!

La madre hizo lo que le pedía el ni-
ño, y aunque sus mejillas palidicieron,
sus ojos tornáronse claros y serenos.

FERNAN CABALLERO.



DESPEDIDA AL MES DE MAYO.



DIOS, hermoso mes de Mayo, mes de las flores y de los placeres. Adios. Bajo tu suave imperio se rejuvenece la naturaleza y se disfrutan los goces agradables que tus antecesores han ido preparando. Huyó el decrepito Enero, que con sus nieves fecundizó la tierra: mas templado Febrero, nos trajo el equinocio. Marzo, impetuoso con sus vientos y tempestades, nos anunció á Abril, que levantando su velo de bruma te ha ostentado lozano y espléndido con tu manto de verdura.

La primavera vino contigo, y por todas partes han salido á saludarla con alegres canciones: el ruiseñor, el jilguero gorjean en la selva; la golondrina chilla en los aires: el cuco canta en el bosque: el corderillo la celebra brincando en la pradera, y el cabrito encaramándose en la roca.

La naturaleza entera se engalana como por encanto al tibio soplo de tu ambiente: los árboles se visten de follaje: las flores abren sus botones, y hasta los sepulcros se cubren de un manto verde.

¿Seré yo solo á quien no alcance ninguno de tus beneficios?

Mes de las ilusiones, de los goces sencillos, como los de la primavera de la vida! Tú que reverdeces todos los sen-

deros de la naturaleza, tú que prometes á todos los seres la corona de la esperanza, déjame coger solamente una de sus hojas, y yo tambien te despediré bendiciéndote.

SENSIBILIDAD DE UNA NIÑA.

En las últimas vacaciones, y durante una temporada que Luisa permaneció sola en su casa de campo, les servían un día á la mesa entre otras cosas un pichon. La mamá despues de haber hecho plato á su hija mayor, hizo lo mismo con Carolina.

—No, mamá, contestó ésta, con un suspiro: no puedo comerlo.

—Y por qué no? hija mia.

—Porque el pichoncito y yo hemos sido muy amigos: él venia todos los dias á comer á mi mano.

—Deja esas tonterías, Carolina, ¿no ves como Adela lo come?

—Oh! Mi hermana bien puede hacerlo. No han sido nunca tan amigos: no le queria tanto como yo!—

¿Qué no debe esperarse de una niña que abraza en su mente tanta ingenuidad y tanta ternura en su corazón?



PLUTARCO DE LOS NIÑOS.

EDAD MEDIA.

LA VARONA CASTELLANA.

En una comedia de Lope de Vega, empezó la fama póstuma de esta heroína, llamada en la paz doña María Perez. Doncella de 22 años, vivía retirada en el castillo de Villanañe, cuando D. Alonso I de Aragón declaró la guerra al VI de Castilla. Puesta al frente de sus numerosos vasallos, con una toca sobre el yelmo y la adarga sin divisa ni color incorporóse en Toledo al ejército real.—En el que entonces se llamaba llano de Atienza, y hoy campo de Varona, venció en sin par batalla cuerpo á cuerpo á don Alonso de Aragon, por cuya hazaña dióle el rey de Castilla un anillo y el nombre de Varona. Años adelante ganó á los moros el pueblo de Torquemada y el castillo de Magaz, casándose en 1069 con D. Vela, hijo del rey de Navarra. Viuda en 1075, retiróse al monasterio de Oña, donde murió de edad avanzada.

ALMANZOR.

Así llamaban los árabes cordobeses á Abon-Amer-Mohamad, que nació en Algeciras el año 939, y se elevó á la cumbre del poder político y militar, después de haber brillado sobremanera como sábio en las escuelas de Córdoba. Irritado por la derrota que le hizo sufrir el conde de Castilla, juró venganza y cumplida la obtuvo en una serie de triunfos, que le valieron el renombre de invencible

(*al-mansour.*) Sobeya, sultana viuda, agradecida de sus servicios, le confió las riendas del estado, elevándole poco después á la dignidad de *agib*, á la de primer ministro y tutor del imbécil emir Hescham. Las discordias de los príncipes cristianos favorecieron el engrandecimiento de Almanzor, que pasó sus victoriosas armas desde las playas de Cataluña hasta la embocadura del Tajo, venciendo todos los ejércitos españoles, excepto el del rey de Navarra, que lo derrotó en Pamplona. También los asturianos le vencieron mas tarde; pero reanimado el ardor de sus tropas, penetró en Galicia, tomó á Compostela, destruyó parte de la catedral, y apoderóse del tesoro del Apóstol, considerable en aquella época. El peligro comun reconcilió á los reyes de Leon y de Navarra, y al conde de Castilla; sacaron á campaña un ejército formidable, y buscando al sarraceno, diéronle al punto una batalla sangrienta, que duró todo el día. Retiróse Almanzor por la noche, y entristecido por esta derrota, primera que personalmente sufría en sus cincuenta y dos campañas, enfermó de gravedad, y murió poco después, en 1002. Otros títulos reúne también su nombre á la celebridad: protegió las artes y las ciencias, cultivando por sí mismo las segundas, y favoreciendo el desarrollo de las primeras: supo en ocasiones atizar los odios entre los cristianos con hábil diplomacia; y en sus empresas, pacíficas ó belicosas, desplegó toda la actividad, todo el perseverante entusiasmo que caracterizan al hombre de génio.

MODESTO INFANTE.

BASES DE LA PUBLICACION.

Este periódico se publica por entregas, repartiéndose cuatro al mes, y acompañando á cada una, cuando no lleve grabados en el texto, una lámina litografiada, entre las que se dará en cada estacion un figurín de Modas para niño. Cada mes se repartirá ademas otra enciclopédica de doble tamaño.

Las suscripciones principian desde 1.º de Abril.

Los números de los seis primeros meses formarán un lindo tomo, para cuya encuadernacion se repartirá un índice, con su cubierta en papel de color.

PRECIO DE SUSCRICION.

En Madrid 3 rs. al mes: 8 rs. trimestre: 15 medio año.

En Provincias 12 rs. trimestre: 20 medio año.

Con las láminas enciclopédicas.—Un real mas al mes respectivamente.

A las señoras Directoras de Colegios, ó maestras de niñas, que lo deseen se les enviará en lugar de lámina enciclopédica un pliego de dibujos de bordados y otras labores.

Los señores Directores de Colegio, ó maestros de instruccion primaria, que pidan cuatro suscripciones recibirán gratis la suya.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MADRID. En la *Administracion del Periódico*, calle de las Huertas, núm. 42; Pelegrini, Caballero de Gracia, núm. 8; Librerías de Cuesta, calle Mayor; Bailli-Balliere, calle del Principe; Perez, calle de Carretas; *La Publicidad*; Pasaje de Mateu; L. Lopez, calle del Cármen, núm. 29, y Duran, calle de la Victoria; Sanchez Rubio, calle del Prado; Dochao, calle de Jacometrezo.

EN PROVINCIAS. En las principales Librerías y Administraciones de Correos, ó directamente remitiendo el importe en libranzas sobre Correos ó otras de fácil cobro, en carta franca con sobre al Editor del Periódico ó en sellos en carta certificada.